

TIEMPO DE REFUGIADOS

El "Huey-Fong", ese barco de bandera panameña con su carga humana a bordo, esa especie de "vietnamita errante", se ha convertido en algo así como el símbolo de la intolerancia y la hipocresía de nuestra época (1).

JOAQUIN RABAGO

IN TOLERANCIA de regímenes y gobiernos hacia todos aquellos ciudadanos que piensan de manera distinta, que no comparten la ideología política o religiosa del grupo de turno en el poder. Hipocresía de otros tantos gobiernos, siempre dispuestos a denunciar las violaciones de los derechos humanos por parte de los demás, pero reacios luego a hacerse cargo de las víctimas de esos mismos atropellos.

Dos mil setecientos vietnamitas a bordo del "Huey-Fong". Que es uno tan sólo de las decenas de barcos que llevan semana tras semana de puerto en puerto, buscando un permiso oficial para descargar su dolorida mercancía humana.

Tiempo de refugiados, el nuestro. Más de quince millones de personas que han sido brutalmente expulsadas o han tenido que huir por una u otra razón de sus hogares, aguardan, a lo largo y ancho del mundo, mejor fortuna. Más de cinco millones en África. Un número superior a tres millones en Asia. Casi dos millones en Oriente Medio. Medio millón en Europa. Ciento cincuenta y seis mil en Latinoamérica. Son cifras oficiales, proporcionadas por organismos como la Alta Comisaría para Refugiados de las Naciones Unidas (2), pero que, evidentemente, se quedan cortas. Porque a los censados, a los refugiados oficiales, hay que añadir un número seguramente mayor de clandestinos, en continuo movimiento.

Por ejemplo, ¿cómo admitir esa cifra de sólo ciento cincuenta y seis mil para Latinoamérica, si de Uruguay ha salido casi un tercio de la población, compuesto, además, por los más jóvenes y los trabajadores más

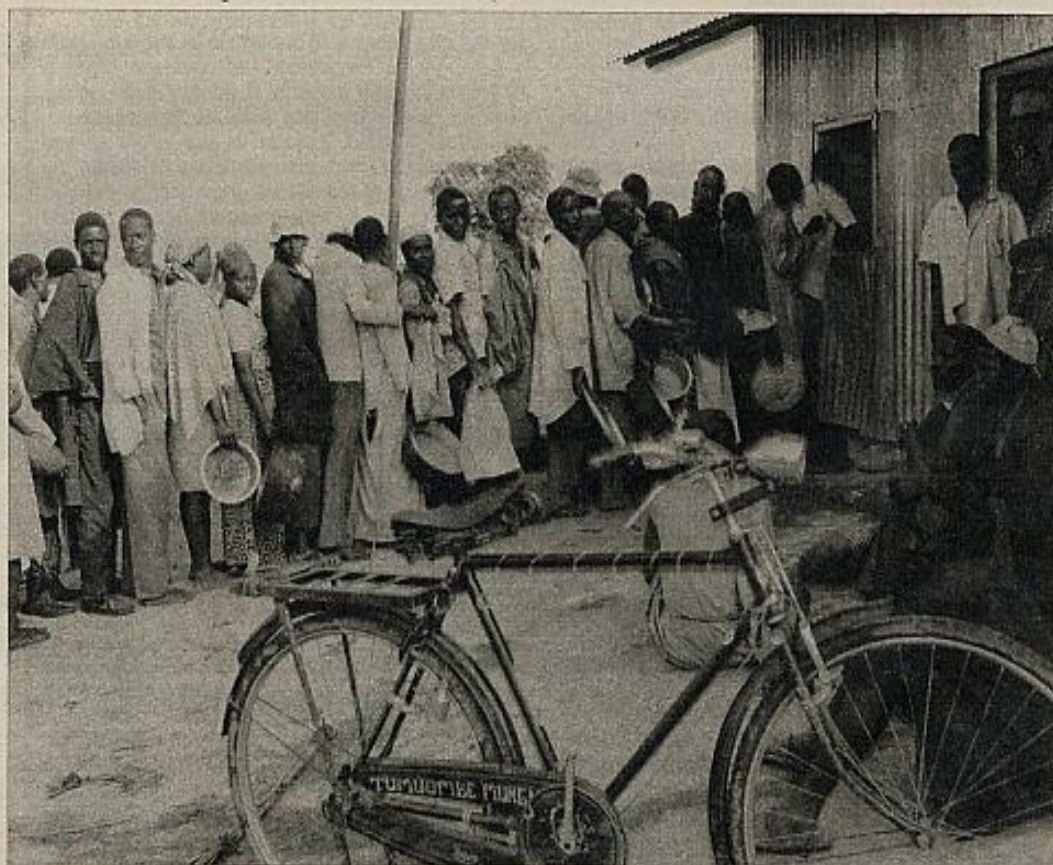
cualificados? Si se calcula que un millón de chilenos abandonaron el país después del golpe militar de Pinochet, en su mayoría por la frontera argentina. Si otros tantos argentinos hubieron de expatriarse, a su vez, cuando la Junta Militar tomó el poder en marzo de 1976. Y si a esos tres países hay que añadir otros vecinos de regímenes dictatoriales más o menos camuflados, pero igualmente eficaces, como los de Brasil o el Paraguay. ¿No huyeron a lo largo del año pasado más de 16.000 personas de la Nicaragua del clan Somoza? ¿No viven más de 375.000 haitianos fuera de su patria, feudo indisputado de la dinastía Duvalier, que personifica ahora Jean-Claude, hijo del tiránico papá Doc?

Pero volvamos de nuevo la mirada al Sudeste asiático. Más de treinta años —el espacio de una generación— de guerra ininterrumpida: contra los franceses primero, luego contra los norteamericanos y finalmente entre las propias potencias locales (porque las grandes han escogido esta vez permanecer en la sombra). Doscientos treinta mil camboyanos buscaron asilo en el Vietnam durante los últimos años: huían de los khmers rojos. Ahora regresan. Ciento sesenta mil vietnamitas de origen chino cruzaron a su vez la frontera de este último país, y otros cuarenta mil se refugiaron en Malasia. Donde hay también noventa y dos mil filipinos. Mientras tanto, ciento diecisiete mil laosianos y quince mil cam-

boyanos buscaban protección en Tailandia.

Una auténtica danza de refugiados, que se repite en el continente negro. Medio millón de angoleños han cruzado la frontera del Zaire, y doscientos veinticinco mil zaireños se han pasado a Angola. Donde hay también veinte mil refugiados procedentes de Namibia.

Miles de ugandinos han huido del vesánico Idi Amin en dirección al Sudán y a Tanzania. Pero Uganda sirve, por otra parte, de tierra de asilo a ruandeses, zaireños, sudaneses y etíopes. De los trescientos veinte mil habitantes de la Guinea de Macías, casi la mitad se han expatriado. De ellos, noventa mil han encontrado asilo en el Gabón. Otros, menos afor-



En África, lo mismo que en el Sudeste asiático, se asiste a un auténtico baile de refugiados. En la foto, un grupo de refugiados, víctimas de la guerra entre Uganda y Tanzania.

(1) Ver "La conciencia del Vietnam", E. Haro Tecglen (TRIUNFO, número 828).

(2) Cifras reproducidas por el semanario hamburgués "Die Zeit".



El "Tung Ung", con su carga humana a bordo: la intolerancia y la hipocresía son el sello de nuestra época.

tunados, han sido víctimas de la demencia genocida del dictador.

Seiscientos mil ciudadanos de Guinea-Conakry —país donde existen dos mil prisioneros políticos según un reciente informe de Amnesty International— han cruzado las fronteras de Costa de Marfil y Senegal. Y un total de ciento veinte mil rhodesianos negros están repartidos entre Mozambique, Zambia y Botswana, países que forman, junto a Tanzania y Angola, la llamada "línea del frente".

Más arriba, setenta mil saharauis viven en campamentos argelinos, y millón y medio de palestinos continúan en los campos de refugiados del Líbano, Jordania, Gaza, Siria, etcétera. Mientras tanto, aproximadamente unos cien mil curdos iraquíes han tratado de buscar asilo en Persia.

También en la mediterránea Chipre y como consecuencia de la sangrienta ocupación turca de la isla en 1974, ciento setenta mil griegos hubieron de abandonar sus hogares, frente a treinta mil turcos.

Podríamos seguir citando

país tras país. La lista es prácticamente inagotable, pues si el "equilibrio del terror" funciona a escala planetaria, los conflictos locales sirven a la vez de válvula de escape y de banco de pruebas de esas mismas grandes potencias que se sientan periódicamente en Ginebra o Viena a firmar acuerdos.

Pero no todos los refugiados son de ese tipo. Existe otra clase de expatriación, tal vez menos dolorosa, aunque no por ello menos real. Es la expatriación por motivos económicos: porque en casa no hay trabajo. De esto saben mucho los ciudadanos de países ribereños del Mediterráneo —turcos, argelinos, marroquíes, y ya cada vez en menor medida, italianos, portugueses, griegos, españoles—. Menos conocida, existe una nueva corriente migratoria de características similares a la que se produjo en Europa en los años sesenta. Es la que lleva anualmente hacia los emiratos del golfo Pérsico millones de asiáticos. La fuerza de trabajo más barata que los señores del petróleo pueden encontrar. ■

EL IRAN: UN AVISPERO

MIENTRAS el Sha vuela desde Egipto a Marruecos, para irse desde allí al exilio disfrazado de California, Irán bulle sin que se sepa cuál es su destino inmediato, o la forma en que podrá encontrar una estabilización. El lunes, el ayatollah inflexible, Jomeini, recibía en París una prueba más de su poder: el presidente del Consejo de Regencia, Teherani, dimitió; no se limitaba a dimitir ante el primer ministro, Bajtjar, sino que lo hacía también ante Jomeini, reconociendo así su autoridad suprema.

Jomeini va a volver el viernes. Lo que puede pasar este viernes, o lo que se está preparando, no es nada menos que la proclamación de la República Islámica. Es decir, la oficialización del destronamiento del Sha, la conversión en exilio de sus supuestas vacaciones. Pero no está tan claro que vaya a suceder fácilmente. Hay intereses encontrados. No le conviene demasiado a Estados Unidos esta República que podría convertirse rápidamente en neutralista y crear un pavoroso vacío en el sistema de defensa fronterizo de Occidente con la URSS; pero no le favorece tampoco a la URSS, para quien el fanatismo chiíta puede ser un problema: la religión islámica y el grupo chiíta tienen todavía mucha fuerza en su propio territorio; podría producirse un contagio, si es que no lo hay ya, y hasta podría convertirse en un punto de penetración. Podría atribuirse a esta preocupación la manifestación de jóvenes comunistas —del partido Tudeh— que intentó, en las calles de Teherán, que proponían que no todo el poder fuera para los religiosos de Jomeini. Pero también esta manifestación se interpreta como manipulada: para permitir que el Ejército, en un momento dado, pueda dar un golpe de Estado contra el comunismo —o con el pretexto del comunismo—, pero en realidad para conservar la Constitución de 1906 y, por lo tanto, la existencia de la monarquía —con o sin el actual Sha, o hasta sin la dinastía Pahlevi— y una forma dura y seca de gobierno.

El problema está en que si el Ejército no ha dado ese golpe en los momentos más duros de la batalla por el poder, quizá sea ya demasiado tarde. Hay muchos militares que están de acuerdo con la religión que predica Jomeini, muchos que culpan al Sha del desorden al que se ha llegado. Quizá el Ejército no sea ya un bloque, y un intento de golpe produciría una guerra civil; y probablemente los golpistas no tendrían mucho mérito, a menos que en una primera ola arrasaran a la oposición.

El intento de estabilización actual consiste en sostener a Bajtjar como primer ministro, mantener como un tema del que no se hable demasiado la cuestión del trono y conseguir un acuerdo entre la oposición civil, la religiosa, el Ejército y las fuerzas internacionales interesadas directamente en el conflicto. No es tan fácil. Son opciones dispares. Jomeini arde de fuerza, de triunfalismo y de fe religiosa: se ve a punto de conseguir su gran sueño, que no solamente consistía en destronar al odiado Sha, sino en convertir el país en un verdadero estado coránico, con la austeridad propia de los chiítas: si la mayor parte del país ha aceptado y ha impulsado esa solución, quizá pueda resultar demasiado dura como forma de vida, quizá muchos entiendan que es la sustitución por una dictadura de corrupción por otra de incorruptibles: pueden no saber qué es peor.

Los próximos días del Irán van a estar erizados de problemas. Posiblemente de sangre. Y la solución no está todavía definida. ■

